

Capítulo 12

Salvajada Nacional del Caos
Francés

Una lucecita roja sospechosa, que se ha quedado encendida.

Traducción vikinga: catástrofe inminente.

En su país, todo está limpio. Todo está en orden. Funciona como un reloj suizo. Pero ese día, al volver de un viaje por *la tierra de los taconazos*, aterriza en *Marisola* y su mundo se derrumba cuando se topa con los trenes franceses... *la Sociedad Nacional de Contratiempos Ferroviarios*.

En cuanto sube al tren, detecta una lucecita roja sospechosa, que se ha quedado encendida. Baja a inspeccionar el terreno: el freno bloquea la rueda — raro, el tren está parado. Concluye que hay un problema de frenos. Como no habla ni una palabra de francés, le hace señas al maquinista, que le responde con cara de hastío encogiéndose de hombros: “*Ya, bueno, será normal.*” Luego da media vuelta y vuelve a subir al tren.

Traducción vikinga: *catástrofe inminente*. Pero como nadie se inmuta, el Vikingo, inquieto, en alerta naranja, lo sigue... ¡Error garrafal!

El tren arranca. Diez minutos después, se para sin avisar, en plena vía. Silencio. Ni un anuncio, ni un mensaje de la *Sociedad Nacional de Convoyes Frenados*. Nada. Ni siquiera un “*Buenos días, señoras y señores.*” El Vikingo empieza a echar humo, literalmente.

Él — ¡Es inaceptable! En mi país, los trenes llegan a su hora y piden perdón cuando llevan tres minutos de retraso. Para no pillar por sorpresa a los viajeros, ¡una vaca en la vía se trata como una crisis nacional!

Al instante, sus viejos reflejos de *berserker* vuelven con fuerza. Antenas desplegadas. Las señales de alarma parpadean en su cabeza: asegurar siempre su supervivencia primero. Escanea cada detalle a su alrededor, en busca de una salida. Nada.

Lo más inquietante es que nadie reacciona. Parece el único que entra en pánico en una cámara oculta. Se vuelve paranoico. Le entra el pánico, de no entender nada y de miedo. Tiene que recuperar el control como sea y dominar la situación.

Mientras tanto, enamoradísima de antemano ante la idea de volver a verlo pronto, ya me imagino lanzándome a su cuello para besarlo apasionadamente en el andén de la estación de *Palmeria*. Y, magia de la sincronicidad, veo aparecer la bella cara de ángel de mi amor en la pantalla de mi móvil.

Quince llamadas en quince minutos. Para que me informe, para tener noticias, para saber qué dicen el periódico, la radio, la tele, la Interpol...

DRIIIIING — ¿DÓNDE ESTÁS? *DRIIIIING* — ¿QUÉ PAÍS DE SALVAJES ES ESTE? *DRIIIIING* — ¿NO HAY SISTEMA DE INFORMACIÓN? *DRIIIIING* — ¿ESTO ES EL TERCER MUNDO? *DRIIIIING*... Por lo visto, no da crédito: mi incompetencia merece el calabozo. (1.er asalto.)

Una hora después, el altavoz del *Servicio Nacional de Correspondencias Fantasma* anuncia por fin que hay un problema en la vía.

No me digas, quién lo iba a decir, nada preocupante. Sin embargo, a él parece pillarle por sorpresa. Tiene material de sobra para especular a sus anchas, lo que dispara aún más su nivel de estrés. Su tasa de cortisol se pone por las nubes. La espera en la incertidumbre dura horas. Entretanto, me vuelve a llamar quince veces más, enfadado con todo el mundo, pero sobre todo conmigo, *of course*. Y como buena soldadita rasa, me como la bronca del general estresado:

Él — *Tendrías que haber venido a buscarme en vez de dejarme solo en este marrón. ¡Tu incompetencia merece el calabozo! (2.º asalto.)*

Al final, su tren da media vuelta. Vuelta a la casilla de salida. Tras cuatro horas de espera, él atrapado en el tren, yo colgada del teléfono, llego por fin a la estación de *Marisola*. Listo para ponerme una multa por sabotaje ferroviario, cierra la puerta del coche de un portazo y grita:

Él — *¡Es culpa tuya! Me has dejado solo en este caos. ¡Es vergonzoso, indigno! ¡Tres días de calabozo! (3.er asalto.)*

Yo — ... *¿Forget the French kiss, alors?*

Lo estrecho entre mis brazos. Su corazón late desbocado, tengo la sensación de que se le va a salir del pecho. Así que, para calmarlo, le deslizo la mano por la nuca, le acaricio los rizos empapados de sudor, susurrando con dulzura, *ya está, ya pasó, estoy aquí*. Se acurruca en mis brazos y llora a lágrima viva mientras me explica por qué merezco el pelotón de fusilamiento. Lo beso con ternura para secarle las lágrimas. Estoy empapada. Él está en paz.

Pues eso. Ahí está el truco: a veces hay que dejarse llevar, sin más. Si os preguntáis por qué me quedé a que me echara la bronca, no busquéis más. Porque me enredaba en su pelo de ángel, todo rizado. Cupido se ríe: ¡partida ganada!

¡Solo que, en realidad, no pasó así, *para nada-para nada!* Bueno, sí, pero con retraso. Estuvo gritando todo el trayecto de vuelta. Le costó una eternidad que le bajara el

cortisol. Hasta la noche, en plena oscuridad, no me sentó en sus rodillas, en el balcón. Nos reímos, volvió a ser él mismo, todo mimoso.

Desde aquel día, ya no dice *la Sociedad Nacional de Contratiempos Ferroviarios*. Dice: *Salvajada Nacional del Caos Francés*. Y aun así... vuelve, cada año, con una maleta de cervezas y una esperanza de horarios. Pero nunca más en tren.

¡El domingo es Show!

El periodista — Entonces... explícame, ¿por qué tanto pánico?

El Vikingo — ¿Estás de broma? La luz roja se enciende... y salta la alerta nuclear: me imagino los peores escenarios catastróficos. *¡Vamos a morir todos atrapados en este tren, sin agua, sin salida, sin wifi!* Así que, para sobrevivir, llamo cada cinco minutos para saber qué está pasando.

El periodista — ¿Y tú haces de *hotline* antipánico?

La autora — Eso es. Me tomó por su centro de gestión de crisis 24/7.

El Vikingo — No lo entendéis... Cuando estoy metido en un espacio cerrado, sin información, no tengo ningún control sobre lo que pasa. Es como durante la guerra de las Tierras Quemadas.

El periodista — ¿Qué pasó?

El Vikingo — Estuvimos atrapados varios días bajo tierra en un búnker, con máscaras de gas, sin saber lo que pasaba fuera, porque no captábamos ni la radio ni las noticias... Cuando por fin pudimos salir... había un silencio absoluto. Ya nadie respiraba: niños, adultos, animales. Los monstruos marinos habían soplado sus gases asesinos. Todo el pueblo estaba muerto. Desde entonces, escucho la radio todo el rato.

La autora — No lo sabía, nunca me lo habías contado.

El Vikingo — *Es el mal de las Tierras Quemadas.* Cuando uno ha sufrido un golpe así, se lo esconde a quienes quiere. Es más fácil hablarlo con un desconocido.

La autora — Así que me acusas a mí, ¡pero es injusto! Estoy indefensa como una niña ante un adulto que cae enfermo. Atendí la urgencia: *“Tranqui, que voy a buscarte ya mismo.”*

El Vikingo — Eso me centró en el acto. Firme, pero *safe*.

La autora — Si lo hubiera sabido, te habría preparado un kit antipánico: agua, tentempiés, música, teléfono de emergencia. Un solo foco: tu respiración. Pero no tengo claro que te guste llevar la merienda en la mochila del cole.

El Vikingo — Depende, ¿lleva cerveza?

La autora — ¿Te calmé un poco, en aquella época?

El Vikingo — No me acuerdo. Seguramente no, ¡más bien me ponías de los nervios! Pero de verdad querías que lo nuestro funcionara. Así que sí, me acuerdo, te preocupabas de verdad por mí.

La autora — Puede que fuera así... (Se vuelve hacia el periodista): desde que su familia se fue al garete, está completamente perdido, el chaval. Vaga, con la mirada extraviada, entre dos países, un montón de vehículos camperizados para su vida nómada y dos personalidades, el Dr. Jekyll y Mr. Hyde¹.

¹ Robert Louis Stevenson, El extraño caso del doctor Jekyll y el señor Hyde (Wikipedia).

El Vikingo — ¡Precisamente por eso te conocí! En circunstancias normales, nunca nos habríamos cruzado.

El periodista — ¿Ese tren del apocalipsis te enseñó algo?

La autora — En aquella época, me exprimí como a un limón: ¡ácido, y el zumo directo al ojo! Confieso que alguna vez soñé con bajarme del tren y terminar el trayecto a pie.

El Vikingo — Te puedo prestar mi bici eléctrica, si quieres. ¡Siempre será menos pesada que la conversación!

El periodista — ¿Y qué le propones al lector?

La autora — Cuenta un momento de caos para reírte de él*.

El periodista — ¿Sigues soñando con la aventura?

La autora — Ya no sueño, la vivo. En la comodidad de mi hamaca, frente a la laguna azul turquesa.

El Vikingo — Después de aquello, nos fuimos a la montaña.

La autora — Yo, que prefiero el mar... ¡Surfear sobre las palabras antes que resbalar en el hielo y acabar fuera de pista!

La hamaca y los colibríes

Una novela de Karine Baridon



lehamacetlescolibris.com